

Washington y la crisis europea

Walter Laqueur, director del Instituto de Estudios Estratégicos de Washington (LA VANGUARDIA, 18/06/05)

El Washington oficial no se encontraba entre quienes previeron la llegada de la crisis europea. El Departamento de Estado creía que la Constitución sería aprobada sin gran dificultad; Condoleezza Rice incluso le mostró su apoyo.

Es cierto que el Consejo de Inteligencia Nacional, un órgano de investigación de la CIA, publicó el pasado mes de enero un informe en el que se decía que, a menos que se llevaran a cabo reformas estructurales radicales en Europa durante los próximos años (unas reformas que los actuales dirigentes no se mostraban dispuestos a emprender debido a su impopularidad), la Unión Europea corría el riesgo de descomponerse en los próximos 10-15 años.

Sin embargo, se trató de una voz aislada; los círculos de la política exterior y los expertos académicos albergaban la expectativa generalizada de que la aparición de Europa como superpotencia política y económica era sólo una cuestión de tiempo. Por ello, la noticia de los resultados de los referendos de Francia y los Países Bajos ha constituido una sorpresa. No se ha declarado ningún día de luto y, en realidad, muchos se han alegrado del mal ajeno. Chirac, como otros jefes de Estado franceses antes que él, había causado muchas molestias en Washington, por lo que hubo bastante satisfacción, no sólo entre los neoconservadores, ante esa demostración de que no bastaba con predicar el *antiestadounidismo* para triunfar en la política europea.

De modo que ésa fue la primera reacción, pero enseguida se impusieron pensamientos más serenos. ¿Qué defienden quienes han rechazado la Constitución? ¿Qué alternativas podían ofrecer? ¿Es una Europa dividida y débil lo que más conviene a Estados Unidos? Algunas semanas antes Schröder había perdido unas importantes elecciones regionales, y eran pocos en Washington los que derramaban lágrimas por tener que tratar en el futuro con Merkel y Sarkozy.

Sin embargo, Schröder había sufrido esa derrota porque había intentado, si bien de modo vacilante y tardío, aprobar unas reformas largo tiempo aplazadas. Y no hay ninguna seguridad de que los democristianos que probablemente lo sustituirán en otoño vayan a tener más éxito. La mayoría de franceses votó no porque no estaba dispuesta a abandonar su jornada de 35 horas semanales; ahora bien, ¿cómo esperaban competir en los mercados mundiales si en Bangalore (India), los trabajadores y técnicos arden en deseos (como escribió un periodista estadounidense) de trabajar 35 horas diarias?

Un famoso abogado británico, lord Kerr, redactor de la Constitución europea, se ha lamentado tras el referéndum francés de que su principal error había sido no detener la redacción en la parte I, en el medio centenar de páginas (los principios generales) y entrar demasiado en los detalles. Como dijo Napoleón, una constitución tiene que ser corta y oscura (o vaga).

Sin embargo, ésta es sólo una parte de la explicación, porque hay sobradas razones para creer que la Constitución habría sido rechazada aunque sólo hubiera tenido unas pocas páginas; la verdadera razón era que había demasiada resistencia en Europa contra esa tendencia: contra el desempleo, la pérdida de soberanía, el euro, y no sólo contra Bruselas, sino contra los gobiernos responsables de gran parte de las deficiencias. En resumen, el problema no era la constitución, sino el malestar general.

Washington se enfrenta hoy a muchos grandes problemas en el ámbito de la política exterior, en el Lejano Oriente, en América Latina (una región mucho tiempo desatendida); el comité de relaciones exteriores del Senado está más preocupado en estos días por la gripe aviar asiática (que, de estar en lo cierto los expertos, podría matar a millones de personas) que por la situación en Iraq o Afganistán. Tanto republicanos como demócratas comprenden que en los próximos años Estados Unidos necesitará aliados para enfrentarse a muchas crisis y que una Europa débil no es lo que más le conviene.

No es mucho lo que puede hacer Estados Unidos -en caso de que pueda hacer algo- para ayudar a Europa a superar sus dificultades. La cuestión de la Constitución, según se considera de modo generalizado en Estados Unidos, es la menos amenazante. Puede darse un alto grado de estrecha cooperación en Europa sin un documento de 500 páginas. La cuestión de las reformas internas parece mucho más importante porque sin ellas Europa no contará en el mundo, ni en términos políticos ni en términos económicos. Quizá puedan llevarse a cabo sin demasiados conflictos internos y sin desmantelar el Estado de bienestar; al fin y al cabo, Suecia lo ha logrado y, aunque la reforma siempre es más fácil en un país pequeño que en uno grande, quizá podría mostrar el camino. Ahora bien, ¿cuánto tiempo requerirá? Hay otros problemas, como la admisión de Turquía, sobre la cual no existe en la actualidad consenso; no cabe duda de que entrar en Europa sería bueno para Turquía, lo que está por ver es si sería bueno para Europa.

Washington ha comprendido que el sueño de Europa como superpotencia se ha desvanecido; el Viejo Continente tendrá que emprender algo menos ambicioso. Sin embargo, aún puede ser un factor importante en la política mundial. No existe un peligro de conflicto y de enconada rivalidad entre Estados Unidos y Europa, más bien el peligro de perder un potencial aliado. En esta situación, los consejos procedentes de Washington no se desean y, probablemente, tampoco se necesitan. Los comentarios estadounidenses oficiales se limitarán en el futuro cercano a proferir sonidos alentadores y compasivos, como cuando se desea buena salud a un paciente que ha enfermado y cuya recuperación exigirá algún tiempo.